



**CARI** / CONSEJO ARGENTINO PARA LAS  
RELACIONES INTERNACIONALES

# Comentarios Estratégicos

Irán, energía y rivalidad  
entre grandes potencias

Guido Feld

# **Irán, energía y rivalidad entre grandes potencias**

Guido Feld

**Comentarios Estratégicos**

**N.º 51**

**MARZO 2026**

**ISSN 3008-9956**

Las opiniones expresadas en esta publicación son exclusiva responsabilidad del autor y no reflejan necesariamente la visión de las instituciones a las que pertenece, así como tampoco las del CARI.

Corrección: Roxana Carbone  
Diseño: Trenders  
Maquetación: Mario Modugno  
Imagen de tapa: iStock.com/EvgeniyQ

CARI Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales  
Uruguay 1037, piso 1.º, C1016ACA Buenos Aires, República Argentina  
Teléfono: (+5411) 4811-0071 al 74 / Fax: (+5411) 4815-4742  
Correo electrónico: [direccioneditorial@cari.org.ar](mailto:direccioneditorial@cari.org.ar) / Sitio web: [www.cari.org.ar](http://www.cari.org.ar)

## **Irán, energía y rivalidad entre grandes potencias**

Guido Feld\*

La guerra que hoy sacude a Medio Oriente suele interpretarse como un nuevo capítulo del enfrentamiento entre Israel e Irán. Las imágenes de misiles, interceptores y bases bombardeadas refuerzan esa lectura regional inmediata. Sin embargo, limitar el análisis a ese nivel implica perder de vista el tablero más amplio en el que se inscribe la crisis. El conflicto actual es también la manifestación de una disputa geopolítica mayor: la competencia estratégica entre grandes potencias por la configuración del orden internacional del siglo XXI.

Israel ocupa el centro del escenario militar inmediato, pero la lógica que impulsa la confrontación excede ampliamente la dimensión israelí. El conflicto se desarrolla en Medio Oriente porque allí convergen algunos de los puntos más sensibles de la arquitectura energética mundial y porque la región continúa siendo un espacio donde las grandes potencias proyectan poder e influencia. En ese contexto, Irán se ha convertido en un actor cuyo valor estratégico supera su peso económico o militar intrínseco. Su importancia radica en su posición geográfica, en su capacidad de proyectar poder regional y en su creciente inserción dentro de redes de cooperación con actores que cuestionan el orden internacional dominado por Occidente.

Durante décadas, la República Islámica fue percibida principalmente como un adversario regional de Israel y de las monarquías del Golfo. Sin embargo, en los últimos años el rol de Teherán comenzó a adquirir una dimensión más amplia. La

---

\* Magíster en Estudios Internacionales (UCEMA). Miembro del Comité de Medio Oriente del CARI. Profesor en UADE de Introducción a las RR. II. Correo de contacto: [guidomarianofeld@gmail.com](mailto:guidomarianofeld@gmail.com)

cooperación militar con Rusia y el fortalecimiento de los vínculos económicos con China han integrado a Irán en una red de relaciones que conecta a varias potencias revisionistas del sistema internacional. En ese nuevo contexto, Irán dejó de ser únicamente un problema regional para convertirse en una pieza dentro del tablero estratégico global.

Uno de los elementos más reveladores de esta transformación es la relación energética entre Irán y China. Una proporción muy significativa del petróleo iraní tiene hoy como destino el mercado chino. Para Pekín, el crudo iraní representa una fuente relativamente estable de abastecimiento energético fuera de los circuitos dominados por Occidente. Para Teherán, en cambio, esa relación constituye una dependencia estructural que sostiene su economía y contribuye a financiar tanto su aparato militar como su red de aliados regionales.

Esta interdependencia energética otorga a Irán un valor estratégico indirecto dentro de la rivalidad global entre grandes potencias. A través de su presencia militar, su programa misilístico y su influencia sobre múltiples milicias regionales, Teherán puede complicar la libertad de acción de Estados Unidos en una región clave desde el punto de vista energético. En ese sentido, el conflicto actual no solo involucra a los actores regionales directamente enfrentados, sino que también refleja tensiones estructurales más amplias dentro del sistema internacional.

El golfo Pérsico continúa siendo una de las arterias centrales del sistema energético mundial. Por sus aguas circula una porción significativa del petróleo que abastece a las principales economías del planeta. Dentro de esta geografía estratégica, existen puntos cuya importancia es desproporcionada respecto de su tamaño físico. El estrecho de Ormuz constituye uno de los principales puntos de estrangulamiento del comercio energético global. Una interrupción prolongada del tránsito marítimo en esa zona tendría consecuencias inmediatas sobre los precios de la energía y sobre la estabilidad económica internacional.

Dentro de este sistema energético regional, existe otro punto crítico cuya relevancia estratégica suele recibir menor atención en el debate público: la isla de Kharg. Esta isla alberga el principal nodo de exportación petrolera de Irán y con-

centra una parte sustancial de la infraestructura a través de la cual el país coloca su crudo en los mercados internacionales. Durante décadas, la mayor parte de las exportaciones energéticas iraníes han salido desde sus terminales, lo que convierte a Kharg en una verdadera válvula del sistema petrolero del país.

Esta característica otorga a la isla una importancia estratégica considerable en cualquier escenario de confrontación militar. La paralización de su infraestructura tendría un impacto inmediato sobre los ingresos fiscales del Estado iraní y limitaría la capacidad del régimen para sostener tanto su aparato militar como su red de aliados regionales. En ese sentido, Kharg constituye uno de los nodos más sensibles de la economía política del poder en Irán.

Los acontecimientos recientes confirman, en parte, esta importancia estratégica. En los últimos días, fuerzas de Estados Unidos llevaron adelante ataques contra objetivos militares ubicados en la isla. Las operaciones estuvieron dirigidas principalmente contra instalaciones defensivas y capacidades logísticas vinculadas a la protección de la infraestructura estratégica del lugar.

Sin embargo, resulta significativo que la infraestructura petrolera central de la isla no haya sido destruida. Este hecho sugiere la existencia de un cálculo estratégico más amplio. Desde el punto de vista militar, neutralizar completamente las terminales petroleras habría sido técnicamente posible. El hecho de que esto no haya ocurrido indica que la operación buscó degradar capacidades militares específicas sin desencadenar una disrupción inmediata del sistema energético regional.

La decisión de limitar el alcance de los ataques refleja uno de los dilemas clásicos de la geopolítica energética contemporánea. Las infraestructuras que sostienen la economía de un adversario suelen estar profundamente integradas en el funcionamiento del sistema energético global. Destruirlas puede debilitar al rival, pero también puede provocar efectos económicos que se extienden mucho más allá del teatro de operaciones.

El petróleo que fluye desde Kharg no solo financia al Estado iraní. También forma parte del sistema energético que abastece a economías asiáticas altamente dependientes de las importaciones de hidrocarburos. Una interrupción abrupta del

flujo exportador podría generar un impacto inmediato en los mercados energéticos, elevando los precios internacionales del crudo y causando efectos macroeconómicos que afectarían tanto a aliados como a competidores de Estados Unidos.

Por esta razón, la lógica de las operaciones militares parece orientarse hacia una presión estratégica calibrada. El objetivo sería degradar las capacidades militares iraníes y limitar su capacidad de proyectar poder en el Golfo sin provocar un colapso inmediato de su infraestructura energética. En otras palabras, debilitar al régimen sin desencadenar una crisis energética global.

Esto no significa que la infraestructura petrolera quede permanentemente fuera del alcance de la guerra. En un escenario de escalada mayor, instalaciones como las de Kharg podrían convertirse en objetivos directos. Sin embargo, los acontecimientos recientes muestran que, al menos en la fase actual del conflicto, las grandes potencias tienden a aplicar estrategias de coerción selectiva antes que recurrir a la destrucción total de infraestructuras críticas.

Otro elemento relevante de esta crisis es la actitud de Rusia. Moscú mantiene vínculos estrechos con Teherán, particularmente desde su cooperación militar en Siria y el intercambio tecnológico vinculado al conflicto en Ucrania. Sin embargo, Rusia ha evitado involucrarse directamente en una confrontación militar con Estados Unidos o Israel en defensa de Irán. Esta cautela sugiere que muchas de las alianzas entre potencias revisionistas funcionan más como asociaciones tácticas que como compromisos estratégicos absolutos.

China ha mostrado una prudencia similar. Pekín obtiene beneficios energéticos y económicos de su relación con Irán, pero no parece dispuesto a asumir los costos de una confrontación directa con Estados Unidos para defender al régimen iraní. Esta ambigüedad deja a Teherán en una posición compleja: forma parte de una red de cooperación con potencias que desafían el orden internacional existente, pero esas potencias no parecen dispuestas a arriesgarse por su supervivencia.

Para Washington, esta situación abre una ventana estratégica. Si logra degradar significativamente las capacidades militares y económicas de Irán sin provocar

una escalada global mayor, podría reducir de manera sustancial la influencia de actores rivales en una región clave del sistema energético internacional.

En este contexto, Israel actúa como un aliado militar fundamental sobre el terreno. Durante décadas, Irán ha construido una red de aliados y milicias regionales con el objetivo de presionar estratégicamente al Estado israelí. Debilitar a Irán implica debilitar esa arquitectura regional de presión. Sin embargo, la escala estratégica del conflicto supera ampliamente la dimensión israelí. Israel participa en una guerra que también es suya, pero cuyo alcance responde a dinámicas geopolíticas más amplias.

El desenlace de esta confrontación podría tener consecuencias profundas sobre el equilibrio estratégico regional. Un Irán debilitado vería reducida su capacidad de proyectar poder en Medio Oriente. Las monarquías del Golfo obtendrían mayor margen de maniobra, mientras que Estados Unidos podría concentrar más recursos en el desafío estratégico que considera central: la competencia sistémica con China.

Para países como Argentina, cuya economía depende en gran medida de la estabilidad del sistema energético y del comercio internacional, estas dinámicas no son irrelevantes. Las crisis que afectan a los principales corredores energéticos del mundo suelen trasladarse rápidamente a los precios globales, a las condiciones financieras y al funcionamiento del comercio internacional.

La guerra actual, por lo tanto, no puede comprenderse únicamente como un enfrentamiento regional. Es también la expresión de una competencia global en la que las grandes potencias redefinen las reglas del sistema internacional. En ese tablero, nodos aparentemente secundarios —como ciertas infraestructuras energéticas del Golfo o puntos específicos como Kharg— adquieren una relevancia estratégica desproporcionada.

Lo que se disputa en Medio Oriente no es únicamente el equilibrio de poder regional. También se juega, en parte, la capacidad de las grandes potencias para moldear el sistema internacional que dominará las próximas décadas.

